

podemos dejar de unirnos al dolor por su desaparición y al agradecimiento por su ejemplo. En la esperanza de la resurrección.

MIGUEL AYUSO.

## EN EL RECUERDO DE JÉRÔME LEJEUNE

Si Jérôme Lejeune hubiese sido un conspicuo defensor de alguna especie semiextinguida de marsupial, o apologeta de algún culto místico perseguido por algún gobierno oriental, sus necrológicas hubiesen atronado, con el guirigay de los medios, los oídos de los súbditos de las Naciones Unidas. Su indudable valía científica lo merecería, incluso en estos tiempos oscuros, mientras que su activismo hubiera servido de vitola a una conveniente fama de hombre comprometido.

Pero el doctor Lejeune, junto a sus investigaciones sobre el llamado mongolismo y sus causas genéticas, y llevado precisamente por ello, asumió el papel de hacer oír la voz de los sin voz, la defensa de aquellos que, concebidos, estaban destinados a no nacer, muchos de ellos, precisamente, por padecer la tara que tanto había ayudado a explicar y aliviar.

Esto, unido a su desconsideración a los convencionalismos de la época, contribuyó a convertirle en una figura no incluíble en el olimpo de la gente bien vista.

En relación con su falta de respeto a los convencionalismos es especialmente ilustrativa una anécdota de su primera visita a España, cuando un reportero audaz, convertido a la estulticia del periodismo agresivo, antes impertinente, le preguntó si pertenecía al Opus Dei, le dijo que contestaría si a su vez lo hacía con una pregunta suya, para añadir: «¿No pertenece usted a la masonería internacional?».

Esta rebelión contra la tiranía de lo conveniente, rasgo relevante de su carácter, denota la firmeza de su genio, el valor de los que con su testimonio no han dudado en arrostrar el escarnio al que somete la cultura dominante a los cristianos.

Y recuerdo su consejo respecto a la discusión en estos temas, absolutamente alejado de los usos de la Academia: «Al discutir no cedas nunca en nada, y acuerdate del Judo, trae al adversario a tu terreno usando de su misma fuerza». Consejo nacido de la dila-

tada experiencia del debate con los representantes de las posturas homicidas y frontalmente opuesto a la práctica del especial tipo de clérigos expertos en el papel de «amici di inimici».

Al recordarle, no vienen a mi mente, en primer lugar, los títulos de sus libros, no encubiertos en modo alguno bajo el velo con el que el lenguaje científico nos permite cubrir los títulos de las obras más militantes, «Dejadlos vivir» o el «Embrión concentrado». Vienen, más bien sus intervenciones en las ocasiones en las que la Providencia me permitió oírle, en Madrid en la Facultad de Medicina, en el debate «Biotecnología y futuro del hombre» de El Escorial, en Cracovia en el Congreso de Cultura Europea, y de nuevo en Madrid en «Tecnociencia». Y resuenan en mis oídos, al pie de donde está enterrado el rey prudente, junto al monasterio construido para conmemorar la victoria de San Quintín, sus palabras claras y precisas, como sólo el francés formado en los viejos Liceos lo es, denunciando la creación de comisiones europeas de bioética, pues cómo se podía pensar que una ley o una comisión pudieran resolver en contra del Derecho natural.

Y es que Jérôme Lejeune fue un firme defensor de las obligaciones y prerrogativas de la autoridad legítima. Enemigo de las tecnocracias nacionales, pero aún más del desgobierno de la sinarquía a través de las burocracias internacionales, sobre todo de las europeas, que fueron las que más le toco padecer. Dios le ha llamado, precisamente, cuando los neomaltusianistas de las Naciones Unidas pretenden en la Conferencia de El Cairo imponer el aborto a escala mundial como método de control de la natalidad, precisamente cuando su voz nos hubiera sido tan necesaria, cargando sobre nuestras espaldas la labor de, en lo posible, sustituirle, uniendo nuestra voz a la solitaria del Pontífice. Si Lejeune se honró con la amistad del Santo Padre, fue por la pasión que ambos demostraron en la defensa de la vida, frente abierto por fuerzas poderosas que parecen odiar cuanto de hermoso hay en el mundo, odio que Juan Pablo no ha dudado en calificar de satánico, pues ¿qué otro origen puede tener tanto mal? Y en recuerdo de esa amistad, y para exaltar el testimonio prestado por el médico y biólogo francés, y para exortarnos a mantener la actitud debida en estos momentos, mandó el Papa su mensaje al funeral celebrado en Notre-Dame por el alma de nuestro amigo.

Decía Francisco Elías de Tejada que la piedra de toque de nuestros amigos es su simpatía por Felipe II y su antipatía por Ortega y Gasset. Nada puedo decir de lo segundo, pero sí puedo asegurar lo primero. Durante su visita a El Escorial no dejó de alabar el esfuerzo de la monarquía católica y la propia figura del

rey prudente, pues en la razón de una persona coherente como fué nuestro amigo no entraba la actual dicotomía entre moral privada, o incluso pública, y legislación. En efecto, Lejeune, no fue un activista «prolife» al uso, no fue una persona sesgada por una obsesión parcial y puramente moralizante. Relacionó la sanción del aborto con el derecho natural, y el desarrollo y respeto del mismo con la cultura cristiana. Y ésta, con su traducción política, en cuanto es la forma de valoración de la persona que ha permitido nuestra civilización. Y en cuanto es el progresivo abandono de esa raíz cristiana, también en su traducción jurídica y política, no meramente sociológica, la que ha traído la actual situación de desprotección de los derechos más fundamentales de la persona, desde su concepción hasta su muerte cuando Dios quiera.

Dios ha querido llevarse al doctor Jérôme Lejeune. Sabíamos de su enfermedad, cuando dejó de venir al frente de combate por la causa de los más débiles; pero tenemos la esperanza de que, miembro de la Iglesia triunfante, siga ayudando a los que seguimos aquí.

Por todo esto, el contemplar las dedicatorias de sus libros, podemos considerarnos orgullosos de que nos hubiera considerado sus amigos. Por todo esto, siento de veras haber tenido que escribir, resignado, esta nota de recuerdo.

JOSÉ MIGUEL SERRANO RUIZ-CALDERÓN.